

MESA DE DIÁLOGO: “Relevancia curricular del Enfoque Crítico en el post Grado” ”

Título Exposición: “Reflexiones Respecto al Rol de la Perspectiva Sociocrítica en el Posgrado en Kinesiología”

Title: Reflections on the Role of the Socio-Critical Perspective in Postgraduate Kinesiology

Autora: DANIELA PALACIOS HERMOSILLA

Título abreviado: Rol de la perspectiva sociocrítica en posgrado en kinesiología
Short Title: Role of the socio-critical perspective in postgraduate kinesiology

Quisiera comenzar agradeciendo la invitación a participar en esta mesa, específicamente destinada a reflexionar respecto a la relevancia del enfoque socio crítico en el post grado en kinesiología. Las preguntas orientadoras, sugeridas para esta ocasión son las siguientes:

- Desde una perspectiva académica, ¿Cuáles serían las implicancias del prescindir del enfoque socio crítico en la formación de “Capital Humano Avanzado”?
- ¿Cuáles son los fundamentos ontológicos y epistemológicos imprescindibles que sustentan los currículos formativos en la formación de postgrado, en la actualidad?
- ¿Qué inequidades disciplinares y desigualdades metodológicas se observan en la formación y generación de conocimiento en la disciplina? ¿Cómo evitarlas y transformarlas?
- ¿Cuáles son los desafíos socio críticos que visualizan para la disciplina en la actualidad y en el futuro próximo?

Si bien, tengo conocimientos respecto a ciertos desplazamientos y aperturas presentes en algunos de los programas de postgrado en Chile, para lo que sigue me referiré principalmente, a los programas con enfoque tradicional, biomédico, mecanicistas, presente en la gran mayoría de la oferta disponible.

En este escenario la primera pregunta que corresponde hacer es: ¿qué entenderemos por enfoque socio crítico? Quiero dejar claro, que al menos a mi parecer, al referirnos a la necesidad de incluir el enfoque socio crítico, no estamos hablando simplemente de agregar metodologías cualitativas a una formación ya definida, ni de sumar una sensibilidad humanista a currículos que en lo fundamental seguirían intactos. Estamos hablando de algo más exigente: de una forma de construir conocimiento que asume que la realidad no se presenta de manera neutra, sino históricamente organizada, socialmente mediada y atravesada por relaciones de poder.

Dicho de otro modo, el enfoque socio crítico no solo pregunta cómo conocemos, sino también qué queda naturalizado en nuestras formas actuales de conocer.

En otras palabras, la relevancia curricular del enfoque socio crítico no consiste en “agregar” una capa humanista o ética al currículum ya dado, como quien cubre de barniz una superficie: consiste precisamente en tensionar los supuestos ontológicos, epistemológicos y normativos que ya se encuentran estructurando la formación actual de postgrado.

Nos obliga a sospechar de aquello que aparece como evidente: ¿qué entendemos por cuerpo?, ¿por movimiento?, ¿por función?, ¿por autonomía?, ¿por normalidad?, ¿por evidencia y por intervención?

Y nos recuerda que toda disciplina, también la nuestra, no solo describe una realidad, sino que participa activamente en su producción.

Esto tiene una consecuencia directa para el postgrado. Primero, porque, a pesar de la existencia en Chile de programas con un enfoque más profesionalizante, la función por definición de un postgrado es formar personas preparadas para construir nuevo conocimiento. Si la formación avanzada de kinesiólogos y kinesiólogas se organiza casi exclusivamente desde matrices positivistas, objetivistas y técnico-instrumentales, el conocimiento que produciremos sobre nuestro propio campo quedará inevitablemente sesgado hacia una sola forma de comprensión, como ya hemos conversado aquí, y con ello también, hacia una sola forma de imaginar lo que podríamos llegar a hacer como disciplina.

En este punto quisiera entrelazar esa reflexión con mi propia experiencia como kinesióloga chilena en un constante devenir hacia otras posibles lecturas de lo que puede significar ser una “estudiosa del movimiento”.

En mi caso, podríamos decir que la búsqueda comenzó en el último año de mi formación de pregrado, cuando en quinto año, la última de mis prácticas profesionales se desarrolló en el marco de una Investigación-Acción a cargo del Departamento de Kinesiología de la UMCE. Este proyecto, buscaba incorporar al profesional kinesiólogo al contexto educativo, tradicional público, pero desde una mirada no biomédica. En un comienzo, mi función como estudiante en práctica consistía principalmente en realizar observación participante, es decir, hacer trabajo de campo como una investigadora cualitativa más, convirtiéndome en espectadora de la jornada escolar, en una comunidad educativa con desafíos y múltiples necesidades desde el movimiento. Lo que hizo surgir una duda muy sim-

ple, pero para mí decisiva: ¿cómo puede contribuir la kinesióloga en este espacio?

Con los años, esa pregunta se convirtió en una especie de bandera de lucha. Sentí que la “kinesiología escolar” podía ser un camino para luchar contra la desigualdad de oportunidades, pero desde una lectura muy distinta a la habitual. No se trataba de ir a buscar a quienes se salían de la norma, ni de retirar estudiantes de sus salas para intervenirlos aparte. Se trataba, más bien, de trabajar con los cursos completos, reconociendo la corporalidad como un vehículo para el aprendizaje. Dejamos el traje clínico para participar “de civil” en los consejos de profesores; dejamos de pensar la intervención extrayendo al paciente o usuario desde su contexto, y comenzamos a acompañar el desarrollo de personas en su espacio real, en la vida cotidiana, en el día a día.

Con el tiempo, me convertí en “la tía de la sala entretenida”, y en mí fue creciendo la ambición de darle más protagonismo a la corporalidad en el aula. Por eso me formé en psicomotricidad educativa, en integración sensorial, y terminé cursando un magíster en desarrollo cognitivo.

Promover el movimiento en el aula fue, para mí, una manera de defenderlo también como un derecho: en un espacio donde los cuerpos son disciplinados, llamados a la calma, como diría Carlos Calvo, obligados a repetir relaciones ya existentes, a través del proceso de escolarización, donde “un cuerpo situado también es un cuerpo sitiado”.

Como mi formación inicial incluyó trabajo de campo desde temprano, el camino natural, siguiendo los pasos de mi maestra e investigadora principal del proyecto: Maritza Pecarevic, fue devenir también, al igual que ella, en promotora de la investigación cualitativa en kinesióloga en Chile. Comencé a dirigir tesis de pregrado, desde el paradigma interpretativo, y tras años de intervención en proyectos de integración escolar, escuelas especiales y jardines infantiles, fui decantando cada vez más hacia la Academia.

Pero siempre, atesorando esa experiencia de investigación en el campo, a cuerpo completo, considerando la propia corporalidad como fuente de conocimiento.

Y aquí aparece un primer punto que me interesa poner sobre la mesa. Si la investigación que realizamos en el postgrado obedece solo a las exigencias más estrechas

de la medicina basada en la evidencia, si el conocimiento válido se reduce a aquello que puede medirse, objetivarse y estandarizarse, entonces, corremos el riesgo de formar investigadoras y investigadores altamente competentes para clasificar, cuantificar y comparar, pero muy poco preparados para comprender la complejidad situada, vivida y relacional del movimiento humano.

Cuando no existe justicia epistémica en el postgrado, la pregunta no es solo qué metodologías faltan. La pregunta es de qué saberes nos estamos perdiendo. Yo al menos, identifico dos:

El primero es el saber corporeizado. Me refiero a un tipo de conocimiento que no emerge cuando investigamos desde una perspectiva cartesiana del cuerpo, como si existiera una mente soberana que diseña un proyecto lineal y utiliza el cuerpo sólo como instrumento de ejecución. Esa imagen empobrece radicalmente la investigación en una disciplina como la nuestra. Cuando hacemos trabajo de campo, nuestros cuerpos no son un estorbo metodológico, ni una fuente de sesgo que deba simplemente ser controlada. Nuestros cuerpos se insertan en la experiencia, son afectados, modificados, expuestos, y en esa modificación se producen sentidos y comprensiones nuevas. Investigar no es solo mirar cuerpos; también es investigar con el cuerpo.

Por eso me parece tan importante insistir en que, en una disciplina cuyo centro es el cuerpo y el movimiento, resulta problemático que el cuerpo aparezca casi exclusivamente como objeto de estudio y no como fuente de saber. Si en la formación de postgrado no valoramos la subjetividad, la experiencia vivida y el carácter situado de la producción de conocimiento, nos estamos perdiendo un tipo específico de saber: el saber práctico, ese conocimiento que surge en el hacer, en el estar-con, en la experiencia vivida del trabajo con otros cuerpos.

El segundo saber que perdemos es el que proviene de las personas con quienes trabajamos. Y aquí no me refiero simplemente a escuchar “la opinión del paciente” como una capa complementaria o decorativa de la práctica. Me refiero a reconocer que el conocimiento clínico mismo puede ser co-producido en la interacción. Según Gallagher y Payne¹ (2014) el mismo razonamiento clínico no ocurre únicamente en la cabeza del terapeuta, como si fuera un proceso mental superior que luego se aplica sobre otro cuerpo. Ocurre también en la relación, en la coordinación, en la intercorporali-

dad, en ese encuentro donde se produce comprensión compartida. Si el postgrado no forma para reconocer esa dimensión, no solo estrecha la idea de evidencia: estrecha la propia idea de conocimiento disciplinar.

En este punto se hace necesaria una segunda contextualización biográfica y política. En mi búsqueda por incluir la corporalidad en el aula, llegué a un grupo de investigación en sociología del cuerpo, en la línea “cuerpo, salud y política” del Núcleo de Sociología del Cuerpo de la Universidad de Chile. Allí comencé a acercarme a teóricos como Michel Foucault y Pierre Bourdieu, y a comprender que **la discapacidad no podía pensarse solo como un problema individual de base biológica, ni tampoco únicamente como una interacción abstracta entre persona y entorno, como lo interpreta el modelo biopsicosocial**. Según Carolina Ferrante² (2009) la discapacidad se juega también como una forma de dominación encarnada, que ocurre en la vida cotidiana, en la relación cuerpo a cuerpo, en la materialidad concreta de los vínculos, en las instituciones, en los gestos, en las expectativas, en las formas de mirar y de intervenir. Las personas son discapacitadas, por algo, por alguien, por una forma específica de comprensión y traducción.

Durante mi formación doctoral en Teoría Crítica, esa inquietud se ha ido desplazando todavía más. Ya no me interesa solo comprender cómo opera esa dominación, sino interrogar los esquemas reguladores que la hacen posible. Es decir, aquellas matrices que distribuyen los cuerpos, que hacen que algunos aparezcan como normales, valiosos, autónomos y productivos, mientras otros quedan situados en el lugar de la carencia, la insuficiencia o la desventaja. A partir, como vimos ayer con el posthumanismo, de los dualismos constitutivos del sujeto que construyó la modernidad.

Desde ahí, la pregunta deja de ser únicamente cómo incluir mejor a las personas en situación de discapacidad, y pasa a ser otra, bastante más incómoda: **qué esquemas de normalidad, capacidad y productividad seguimos reproduciendo, a veces sin advertirlo, desde nuestras propias prácticas y desde nuestros propios currículos**.

En esa dirección, investigar respecto a la experiencia de las personas con discapacidad no es importante sólo porque haya que escucharla para guiar la intervención o por razones éticas. Es importante considerar ese saber porque tiene la potencia de desestabili-

zar nuestras categorías. Puede obligarnos a repensar qué entendemos por cuerpo, por movimiento, por autonomía, por función, por participación y, en último término, por lo que se considera una vida valiosa, en nuestro contexto capitalista.

Y aquí es donde la perspectiva crip me ha resultado especialmente fecunda: no se trata solo de ampliar el perímetro de inclusión para quienes históricamente han sido excluidos, sino de problematizar la norma misma que produce esa exclusión, es decir la capacidad corporal obligatoria³ (McRuer, 2006). Del mismo modo que las teorizaciones queer no se ocupan únicamente de incorporar sujetos desviados a una norma intacta, sino de desnaturalizar la norma que produce la desviación, una aplicación de la “ambición crip” en kinesiología implicaría preguntarnos por el imperativo central de nuestras sociedades: que el cuerpo, para participar plenamente, debe ser capaz, autónomo y productivo.

Por ello, seguir considerando el movimiento sólo desde su funcionalidad, puede ser una trampa desde la perspectiva socio crítica. O más, bien se trata de un anclaje que continúa leyendo a la kinesiología como saber moderno propio del campo de la rehabilitación, destinada a intervenir el movimiento desde los conceptos de normalidad, funcionalidad y productividad. Con fines que contribuyen al desarrollo capitalista... desde esta lectura, ¿cuál es en el fondo el problema de un cuerpo disfuncional?: que no constituye mano de obra productiva.

Desde ahí, me parece que lo que perdemos como disciplina al no incluir seriamente estas perspectivas en la formación de postgrado no son sólo metodologías. No sólo sensibilidad frente a la experiencia de quienes consultan. Perdemos la posibilidad de que, esas experiencias particulares, desordenen productivamente nuestros saberes. Perdemos el potencial de que la disfuncionalidad no sea pensada únicamente como déficit a compensar, sino también como una posición desde la cual se vuelve visible la ficción de la normalidad.

Por eso quisiera cerrar con esta idea: el currículum de postgrado en kinesiología no es un mero espacio de especialización técnica. Es un dispositivo político-epistemológico que no solo forma profesionales más sofisticados, sino que también produce una determinada ontología del cuerpo y del movimiento. Por ello, la pregunta no es únicamente si el enfoque crítico tiene cabida en el postgrado. La pregunta es qué deja intacto su ausencia.

Deja intactos supuestos sobre normalidad, productividad, autonomía y capacidad. Deja intacta una forma de comprender el movimiento bajo criterios estrechos de rendimiento y corrección. Y deja menos disponible en el estudiantado la reflexividad necesaria para imaginar otras formas de habitar el ser kinesióloga o kinesiólogo.

Creo que, a estas alturas, ya está claro que, si el postgrado quiere realmente contribuir a repensar la disciplina, no puede limitarse a perfeccionar técnicas o a sofisticar mecanismos de medición. Tiene que abrir espacio para otras formas de conocimiento, otras preguntas, otras perspectivas de cuerpo y otras formas de comprensión.

Por último, quisiera también precisar algo. Desde mi punto de vista, la teoría crítica no viene solo a cuestionar nuestras teorías y prácticas, ni únicamente a visibilizar inequidades, como si su tarea terminara en la denuncia.

Eso debe estar, sin duda. Pero me interesa pensar en el potencial generativo de estos desplazamientos ontológicos y epistemológicos.

Y digo esto porque la kinesiología es una disciplina diversa. La crítica al cuerpo mecanicista no opera del mismo modo en todas las áreas ni en todos los escenarios. De hecho, la kinesiología es hoy una disciplina suficientemente diversa y que en su interior existen corrientes y esfuerzos que buscan liberarse, en mayor o menor medida, de los límites de la concepción mecanicista del cuerpo⁴ (Kríž y Halák, 2022), como está sucediendo en algunos pocos espacios formativos en Chile.

Por eso, una perspectiva crítica no debiera vivirse como amenaza a la disciplina, ni a la identidad profesional, sino como oportunidad para rearticular nuestros propios saberes con otras intensidades, otras distribuciones, otros matices.

Aquí no se trata de desconocer que, la alianza con la biomedicina nos ha permitido legitimidad, lenguaje común y soluciones concretas para miles de personas. Eso sería injusto e incluso intelectualmente pobre. Se trata, más bien, de reconocer que esa alianza también ha dejado en sombra otros desarrollos posibles, y nos ha puesto a veces en una situación paradójica: decimos valorar la diversidad, pero seguimos interviniendo bajo horizontes de normalización.

Entonces, la pregunta que empieza a interesar no es

si podemos construir una kinesiología completamente separada del imperativo normalizador, como si pudiéramos salir de la historia de un salto. La pregunta es otra: cómo podríamos reconfigurar lo que ya reconocemos como saberes propios de la kinesiología con otra lectura. Preguntarnos en la formación, ¿Con qué concepto de cuerpo?, ¿Con qué comprensión de la diferencia?, ¿Con qué idea de movimiento?, ¿Con qué fines puestos en juego en la interacción? Y también, ¿con qué disposición a dejar que ciertas experiencias desordenen lo que hasta ahora nos parecía obvio?

Porque yo sí creo que nuestros saberes son muy valiosos, nadie comprende el movimiento como nosotros. Pero también creo que son “rearticulables”.

Por ejemplo, en el campo de la discapacidad, una kinesiología otra no tendría como horizonte casi exclusivo acercar a la persona a un ideal previo de autonomía o productividad. Podría preguntarse también qué barreras, qué ritmos, qué arquitecturas, qué expectativas y qué vínculos están produciendo la discapacidad como desventaja encarnada. Y desde ahí, intervenir no solo sobre funciones corporales, sino también sobre contextos, apoyos, mediaciones y formas de participación. En dolor crónico, por ejemplo, una kinesiología otra no reduciría su éxito a cuánto bajó una escala o cuánto mejoró una medición aislada. Tomaría en serio que el razonamiento clínico y la mejoría también se juegan en la alianza terapéutica, en la forma en que una persona vuelve a habitar su cuerpo, en la confianza que recupera para moverse, en la posibilidad de reconstruir sentido en su vida cotidiana.

Promover el movimiento como un derecho, no sólo como un mecanismo para la producción.

Y en personas mayores, por dar otro ejemplo, una kinesiología otra no debiera pensar el movimiento solo como rendimiento ni como preparación para seguir respondiendo a las exigencias de productividad del entorno. Podría pensar el movimiento también como vínculo, como placer, como presencia, como sostén de autonomía situada, como derecho a seguir habitando el mundo con otros ritmos y otras intensidades.

Entonces, cuando hablo de teoría crítica, no estoy imaginando una kinesiología que abandone sus saberes, ni una disciplina que renuncie a su capacidad de aliviar, acompañar o transformar. Estoy imaginando una kinesiología capaz de volver sobre sí misma, de interrogar

sus fines, de revisar sus categorías y de disponer sus herramientas bajo otro horizonte.

Tal vez una kinesiología menos obsesionada con devolver cuerpos al mercado, y más disponible para acompañar modos diversos de habitar el cuerpo y el movimiento.

Tal vez una kinesiología menos centrada en corregir desvíos, y más capaz de aprender de ellos. Tal vez una kinesiología que, sin perder precisión, gane profundidad. Que, sin perder eficacia, gane reflexividad. Que, sin abandonar sus saberes propios, se atreva a ponerlos al servicio de una sociedad más justa.

Y si eso parece demasiado ambicioso para una mesa de postgrado, yo diría justamente lo contrario: si no podemos imaginarlo en el postgrado, entonces ¿dónde? Porque al final, de eso se trata esta discusión. No solo de agregar contenidos críticos a un currículum.

Sino de formar kinesiólogas y kinesiólogos capaces de pensar qué cuerpos importan, qué movimientos valoramos, qué vidas ayudamos a sostener, y qué mundo contribuimos a producir cada vez que investigamos e intervenimos.

Referencias

1. Gallagher, S. & Payne, H. (2014). The role of embodiment and intersubjectivity in clinical reasoning. *Body, Movement and Dance in Psychotherapy*, 10(1):68-78. <http://dx.doi.org/10.1080/17432979.2014.980320>
 2. Ferrante, C. (2009). Cuerpo, discapacidad y violencia simbólica: Un acercamiento a la experiencia de la discapacidad motriz como relación de dominación encarnada. *Boletín Onteiken*, (8), 17–34.
 3. McRuer, R. (2021). *Teoría Crip*. Kaotica Libros.
 4. Križ, P., & Halák, J. (2022). How to Understand the Body with the Body. Phenomenological Contribution to Overcoming the Limits of Mechanistic Paradigm in Physiotherapy. *Teorie Vedy / Theory of Science*. <https://doi.org/10.46938/tv.2022.533>
- 1er Coloquio Nacional “Fundamentos Disciplinarios de la Kinesiología: Ontologías, Ecologías y Justicia Epistémica”. Talca, 26 de marzo de 2026.



Coordinadora: Daniela Palacios Hermosilla.

Exercise and Rehabilitation Sciences Institute, School of Physical Therapy, Faculty of Rehabilitation Sciences, Universidad Nacional Andrés Bello, Chile.

Talca, 27 de marzo de 2026.